

Intervención de Milagro Laín

Buenas tardes:

Este libro que hoy tenemos la satisfacción de presentar ante ustedes tendría que haber visto la luz hace más de una década. Vicisitudes de muy diverso orden han determinado tanto retraso, pero el acto de esta tarde nos compensa ampliamente de las dificultades pasadas y felizmente superadas, gracias a muchas personas aquí presentes.

Bernardino de Laredo se sentiría tan complacido como sorprendido ante esta hermosa publicación, según nos dijo Diego Gracia con perspicacia y fino humor. Pues, algo semejante nos pasa a nosotras, estamos muy complacidas y casi incrédulas al ver este libro.

Si incurro en alguna repetición con lo que aquí ya se ha dicho o se va a decir, pienso, fiel a los consejos de Fray Bernardino, que: “no es defecto repetir un mismo aviso II o III veces o más, antes es muy necesario prolixa repetición”

Bernardino de Laredo tiene un lugar en la literatura mística española por su obra “Subida del Monte Sión”, y por ella es conocido.

Pero lo que no era tan sabido, hasta que Diego Gracia lo dio a conocer, es que bastantes años antes de esa obra mística, que data de 1536, nuestro autor había escrito ya dos tratados importantes en el ámbito de la literatura médica y farmacéutica. La primera en el tiempo fue ésta que hoy presentamos, cuya primera edición es de 1522, en Sevilla. En 1527 apareció, también en Sevilla, el *Modus Faciendi cum ordine medicandi* que tiene el mérito de ser la primera farmacopea redactada originalmente en castellano. Esta obra tuvo más fortuna que la *Metaphora*, pues nos fue dado publicarla doce años antes, en el 2001. Pero ambas tuvieron que esperar cuatro siglos y pico para poder ser accesibles al lector hispánico. Sus títulos latinos despistaban, e hicieron creer durante todo ese tiempo que su contenido también estaba en latín; de hecho, así consta en diversos catálogos bibliográficos, hasta en los más recientes y prestigiados. Ello explica que hayan permanecido inéditas hasta el presente.

Estas dos obras sitúan a su autor dentro de una larga tradición franciscana de estudio e interés por las ciencias de la naturaleza. Los franciscanos, desde muy tempranamente, ya desde el siglo XIII, supieron hacer suya la filosofía natural

aristotélica, conocida a través de los árabes. Y tres siglos más tarde, Bernardino de Laredo, seguidor de esa tradición, nos ofrece en su obra escrita las dos vertientes, la místico-religiosa y la médica. Por ello es, de manera notable, un fiel exponente de la cultura médica del siglo XVI, en la que aparecen en íntima conexión las dos vías de conocimiento de la realidad humana, el cuerpo y el alma.

Guiado por esa convicción, nuestro autor incluye al comienzo de la *Metaphora Medicine*, el principio de una decretal de Inocencio III destinada exclusivamente a los médicos de los cuerpos; en ella les advierte de la conveniencia de acudir a los “médicos de las ánimas”, antes de iniciar sus curas, para que procuren al enfermo “la salud de sus conciencias”, como paso previo al “remedio de la corporal medicina”

El título completo de la obra es *Metaphora medicine et chirurgie*. El autor se ve en la necesidad de justificar ese título:

“porque el nombre ha de tener consonancia con la cosa que es nombrada, llamarse ha *metaphora* que quiere decir mostramiento figurativo o por semejanza de una cosa con otra”

Pero ese sentido de *metaphora*, “mostramiento figurativo o por semejanza”, se corresponde con la forma de expresión evangélica de hablar *parabolice*, o mediante parábolas, que es hacerlo “cuando alguna cosa que de suyo es algo clara, se dice por manera más oscura”, y él, sagazmente, se percata de que esa explicación del término no se ajusta a la verdadera intención de su obra: “tomado así este nombre no del todo corresponde bien a nuestro propósito”.

Por ello indaga en las *Sinonimas*, los vocabularios de equivalencias de términos griegos, latinos, árabes y romances, instrumentos de la larga tradición lexicográfica medieval vinculada a la trasmisión de saberes. Y también consulta la *Gramática* de Donato para encontrar otro sentido del término más adecuado. Dice, con leve error, que lo encuentra en el capítulo de los *Barbarismos*, pero es, naturalmente, en el capítulo *De tropis* donde aparece la definición: “*Metaphora est rerumverborumque translatio*, que él traduce: “metaphora es “trasladación de cosas y palabras”; para concluir que “este nombre asaz convenientemente se le aplica.”

No hay que entender el término “trasladación” como simple traducción o versión al castellano. Trasladación, igual que el latín *Translatio*, hay que situarlo en el contexto de la terminología universitaria medieval, en que es cuasi sinónimo de

reportatio, es decir 'el acto de redactar por escrito las enseñanzas orales de un maestro'; y, en un sentido más amplio, comporta la reelaboración del mensaje, y un cambio de código para hacerlo llegar a una audiencia más amplia y menos docta. Laredo es plenamente consciente de su condición de trasmisor de la ciencia médica.

Las cuatro partes o libros de que consta el cuerpo de la obra recogen de manera sistemática y ordenada el saber médico y farmacológico de su tiempo en lo tocante: 1) a los simples, es decir, plantas, hierbas y minerales que por sí solas sirven en medicina 2) los sentimientos dolorosos 3) los conceptos de la cirugía y 4) las humididades radicales. Añade un último libro V para que sean "número impar de cinco", en reverencia a las cinco llagas de Cristo y a las angustias de la Virgen y San José.

En esa quinta parte recoge un trasunto a la letra de la 1ª, 2ª, 3ª y 4ª partes de los *Aforismos* de Hipócrates y los deja en latín, por considerar que "son los amforismos sentencias muy más sabrosas cuando están en buen latín que puestos en mal romance, como el que les podría dar". Y asimismo aconseja que "al que faltare el latín lo lea tres o cuatro veces e así bien lo entenderá".

Aunque, cuando dentro del texto de los cuatro libros mencionados incluye un aforismo, lo hará acompañado de su versión castellana, de su "romançado entendimiento" pues no pierde de vista a quiénes está destinado el contenido de sus enseñanzas, a los padres enfermeros del convento, y para que ellos lo entiendan bien tiene que estar todo "declarado". Son ellos los que en ausencia del médico deben aplicar sin riesgo los remedios. Por ello se limita, en general, a tratar de los casos más frecuentes en la enfermería, y "si alguna vez la péndola se estendiere" es por considerar que el libro puede llegar a "manos de seculares", y eso se debería no a su mérito sino al favor de los señores que se han tomado cuidado en corregir el libro, que, con agradecimiento, enumera en el colofón.

El carácter de manual esencialmente práctico de la obra no excluye que la exposición aparezca refrendada con numerosas citas de autoridades, desde los grandes maestros Hipócrates y Galeno, Dióscorides o el propio Aristóteles, a los médicos árabes Avicena o Mesué o Razes o Rasis, Joancio, Almansor (Abu Mansur), sin olvidar los medievales Guillermo de Saliceto, Mateo Silvático, Bartolomé Ánglico o Valesco de Taranta, todos ellos rigurosamente mencionados con indicaciones precisas de libros y capítulos en los márgenes de las páginas, lo que él llama "autoridades marginadas".

La *Metaphora* tiene, evidentemente, un carácter más libresco que el *Modus faciendi*. Su contenido científico se inscribe dentro del paradigma de transmisión científica que se ha llamado “galenismo arabizado”: el saber contenido en las versiones latinas de obras árabes que pretendían recuperar la medicina y la farmacopea griegas.

No nos queda más que el capítulo de agradecimientos, todos ellos muy sinceros:

- A la dirección de la Biblioteca Valdecilla, que nos ha dado acogida en este magnífico salón.
- A la Editorial Docecalles, y a su director Pedro Sánchez que ha realizado un trabajo de edición – como en él es habitual -- cuidada y elegante, en todo pareja a la del *Modus faciendi* de hace doce años, y cuya calidad pueden ustedes comprobar en la exposición de la salida.
- A las instituciones que han colaborado a financiar la edición: la Universidad Complutense, a través del Instituto Universitario Menéndez Pidal dirigido a la sazón por Antonio Cid, que ha tenido la gentileza de presidir esta mesa. A este Instituto estaba adscrito el grupo de investigación dirigido por Ana Vian, que fue la que dio el impulso inicial a la publicación.
- A La Fundación Ramón Areces y la Fundación Tejerina.
- A los profesores Álvarez de Miranda y Gracia por su amistad y generosidad, aceptando participar en este acto, que han enaltecido con sus palabras. A Diego Gracia además por el espléndido prólogo que dignifica nuestro trabajo.
- Y finalmente a todos ustedes por su presencia y atención.

Muchas gracias.

Milagro Laín